

El Pentecostés de cada día

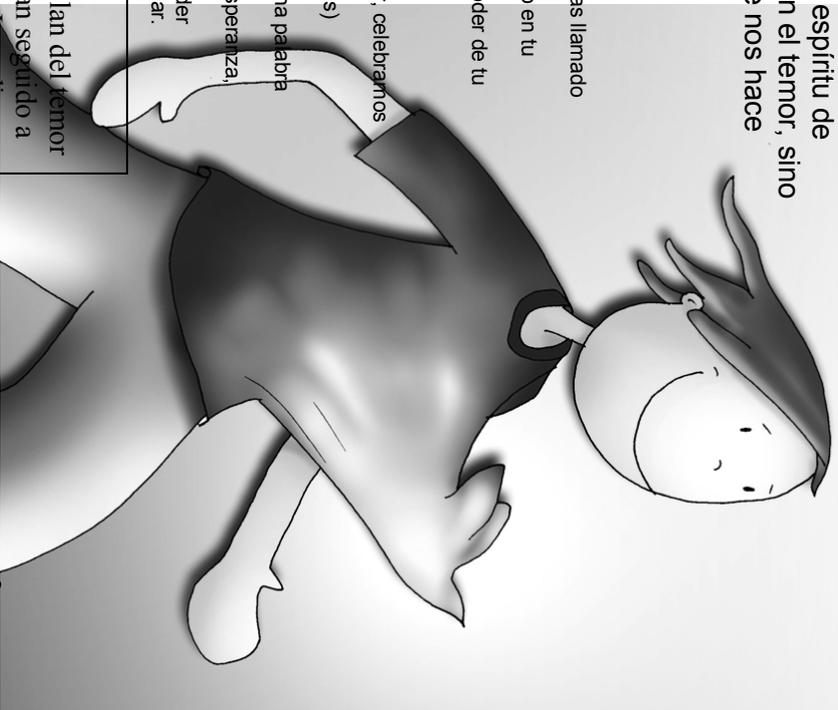
“No habéis recibido un espíritu de esclavos para recaer en el temor, sino un espíritu de hijos que nos hace clamar: ¡Abba, Padre!”
Rom 8, 15

ABBÀ, PADRE

Ante ti venimos, pues Tú nos has llamado y nos atrae tu voz.
Como un solo pueblo danzando en tu presencia te damos el honor.
Sobre nosotros descienda el poder de tu Espíritu que nos hará clamar:

¡Abbà, Padre! ¡Abbà, Padre!
Hoy tus hijos cantamos tu amor, celebramos clamando con una voz:
¡Abbà, Padre! ¡Abbà, Padre! (bis)

Juntos caminamos, buscando una palabra que nos habla de ti
solo tu presencia nos llena de esperanza,
de luz para vivir
Sobre nosotros descienda el poder de tu Espíritu que nos hará clamar.



“No tenéis miedo”

Todos los evangelistas hablan del temor que sintieron quienes habían seguido a Jesús, después de morir Él. Juan dice incluso que el miedo es lo contrario a la fe. Puede que nos pase un poco como a ellos, que nos cueste ver su presencia hoy, aquí, ahora.
Y es que ser amable con quien no te cae bien, cuesta, y dar de lo tuyo cuando nunca recibes agradecimiento, también.
Y vivir la vida con intensidad, dándose al 100%, y no tener momentos de bajón, y... cuesta.

Quitarnos el miedo unos a otros, querernos más, palabras de ánimo más que de reproche... Como intuía San Francisco al desear que los hermanos fueran como madres unos para otros.
¿Cómo me acerco a las personas?

Jesús les dijo de nuevo: “Paz a vosotros”

Es la forma que tiene Jesús de subrayar que ha comenzado un tiempo nuevo, el tiempo del espíritu.

A veces nos cuesta encontrar el camino idóneo, pero sabemos que el encuentro con Jesús va provocando alegría, paz, armonía, coherencia, justicia.

Puede que pueda buscar un lado bueno a todas las cosas, que no sea malo acaparar menos, que sea feliz con pocas seguridades...

¿Cómo es mi salud? ¿Transmite, como el de Jesús, alegría, cercanía, paz, plenitud, calma?

Y añadido: “Como el Padre me envió a mí, así os envío yo a vosotros”.
El espíritu llena por dentro y lanza hacia fuera. El soplo del espíritu nos envía a un modo único de estar con la gente que más sufre, con las personas que viven tristes, para llevarles una buena noticia. Hemos recibido la paz que debemos transmitir. Somos la forma externa de la presencia, acogida y compañía de Dios. Sin miedo porque no estamos solos, saliendo de la rutina, lanzándonos a un mundo que cambia y que siempre espera algo nuevo, también de mí.
¿Dónde noto yo su acción en mí? ¿Y en mi entorno, mi comunidad?

“A quienes les perdonéis los pecados, Dios se los perdonará; y a quienes se los retengáis, Dios se los retendrá”.

¡Quién me iba a decir a mí que Dios se iba a fiar de mí en esto de perdonar! Si perdonar me lleva a olvidar a dejar atrás... la última meta del perdón es olvidarse también de uno mismo, dejar de controlarse por un momento para disfrutar de una conversación, de un paisaje, de una sonrisa, de una llamada, del otro, de Dios. Eso nos hace más conscientes, más agradecidos con lo que nos rodea, más felices... como Dios quiere.
¿Hay perdón en mi vida? ¿Siento que Dios me abraza especialmente en estas situaciones?

Que seamos, Señor, manos unidas

en oración y en el don.

Unidas a tus Manos en las del Padre, unidas a las alas fecundas del Espíritu, unidas a las manos de los pobres.

Manos del Evangelio, sembradoras de Vida, lámparas de Esperanza, vuelos de Paz.

Unidas a tus Manos solidarias, partiendo el Pan de todos.

Unidas a tus Manos traspasadas en las cruces del mundo.

Unidas a tus Manos ya gloriosas de Pascua.

Manos abiertas, sin fronteras, hasta donde haya manos.

Capaces de estrechar el Mundo entero, fieles al Reino.



Tensas en la pasión por la Justicia,
tiernas en el Amor.
Manos que dan lo que reciben, en la gratitud multiplicada, siempre más manos, siempre más unidas.

P. Casaldàliga